

Tulio Halperín Donghi como intérprete de los años sesenta y setenta: un contornismo al revés.

Farias, Matías.

Cita:

Farias, Matías (2011). *Tulio Halperín Donghi como intérprete de los años sesenta y setenta: un contornismo al revés. XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-071/317>

Mesa: 49

Título de la mesa: Las interpretaciones sobre la violencia política en la Argentina. De revisiones históricas, debates estratégicos y condenas morales.

Apellido y nombre de las/os coordinadores/as: Julieta Bartoletti, Esteban Campos, Cristina Viano.

Título de la ponencia: Tulio Halperín Donghi como intérprete de los años sesenta y setenta: un contornismo al revés.

Apellido y nombre del autor: Farias, Matías

Pertenencia institucional: UBA / CONICET

Documento de identidad: DNI 26.123.003

Correo electrónico: matfar2000@gmail.com

Autorización para publicar: Se autoriza la publicación del presente texto.

Tulio Halperín Donghi como intérprete de los años sesenta y setenta: un contornismo al revés.

Matías Farias (UBA-CONICET)

La guerra civil en la historiografía de Halperín Donghi. *La guerra civil* es una figura recurrente en la obra historiográfica de Tulio Halperín Donghi (THD, a partir de aquí); si en el siglo XIX THD ha atendido a sus esbozos manifiestos –en *Revolución y guerra*, para detectar el vínculo entre el proceso de disgregación de la elite revolucionaria y el proceso de “ruralización” y “barbarización” de la política; en *Una nación para el desierto argentino*, para seguir las pistas de los “treinta años de discordia” una vez caída la estatalidad rosista-, en el siglo XX THD ha subrayado que la crisis política es la regla y que dicha anómala normalidad se desarrolló como una “guerra civil larvada”: “Quien quiera podrá entonces definir a este último tercio de siglo de historia argentina [se refiere al período 1930-1960] como una larvada guerra civil”¹.

La tesis de la “guerra civil larvada” es retomada como uno de los hilos conductores de *La larga agonía de la Argentina peronista*, pero ahora bajo el nombre de “crisis de legitimidad política agravada”. Este último libro, que se publica junto con la reedición de *Argentina en el callejón* en los años noventa, recibió una recepción consagratoria por parte de figuras destacadas del campo intelectual, que le asignaron un carácter “profético” a la tesis de la “guerra civil larvada” que THD anunciaba tres décadas atrás. ¿Qué lectura de los años sesenta y setenta y en especial, del itinerario de los

¹ Halperín Donghi, Tulio, “1930-1960. Crónica de treinta años” en *Argentina en el callejón*, Bs. As., Ariel, 2006, página 76.

intelectuales radicalizados, quedaba consagrada al conferir a las hipótesis de THD ese carácter “profético”? ¿Por qué esos intelectuales, treinta años después, encontraban en la obra de THD una verdad sobre su propio itinerario? Estos interrogantes animan este trabajo.

Y también: ¿por qué la figura de la *guerra civil*, tan dominante en la obra de THD, pierde paradójicamente fuerza en su análisis de los años sesenta y setenta argentinos, dado que la entera vida política de ese período es explicada o como un eslabón más de la guerra larvada de la historia argentina o como un teatro trágicomico signado por equívocos múltiples que impiden a los actores comprender cómo hacen una historia que no saben que hacen? Finalmente: ¿qué consecuencias se siguen de esta lectura del siglo XX argentino?

Una crisis de legitimidad política “agravada”. THD parte de una premisa polémica: que en la segunda mitad del siglo XX se desarrolla una guerra civil larvada. Ahora bien: ¿por qué hay guerra civil larvada? Para THD, la clave está en la dinámica política que se abre en la Argentina con los resultados que arroja en 1916 la implementación del sufragio universal: si el triunfo de Yrigoyen representaba un provisorio epílogo –el desplazamiento del grupo político que hasta allí había gobernado el país- al mismo tiempo sería el prólogo de una “crisis de legitimidad (política) agravada”. Esta crisis reconoce algunos mojones en los que la lucha política se intensifica: en el interregno 1916 – 1930, el conflicto se desata entre grupos políticos que encuentran en la Constitución un principio de legitimidad irrecusable, pero no están dispuestos a reconocer a su contendiente como la fiel expresión de ese principio; con la Revolución de Junio, pero especialmente con el triunfo de Perón en 1946, el conflicto se agudiza porque los contendientes no sólo rehúsan reconocerse como legítimas expresiones de la voluntad popular, sino porque difieren también en el principio mismo que les conferiría esa legitimidad: para la oposición ese principio sigue descansando en la Constitución, mientras para Perón, en cambio, el voto adquiere relieves plebiscitarios cuya función es convalidar a posteriori lo que por *jure* define de antemano la legitimidad política: la capacidad de conducción de un líder cuya figura expresa y representa la nación; con la caída de Perón, la espiral de la crisis alcanza nuevas y ampliadas dimensiones, porque 1955 supone un golpe de muerte al “civismo” que pretendía resguardar la democracia “legal” de sus formas “plebiscitarias”, precisamente porque ahora en nombre de esa

democracia legal se sostiene un sistema político deliberadamente construido para proscribir al peronismo; finalmente, sobre la crisis de ese “civismo”, sobre todo a partir de 1966, se abre un escenario en el que los contendientes, si persisten en la denegación de la legitimidad de su adversario, ahora lo hacen sobre la base de un terreno de coincidencias en cuanto a aquello que define el fundamento del poder: el fusil. Llegado este punto, hablar de guerra civil “larvada” -y no “manifiesta”- resulta todo un eufemismo.

La reconstrucción de esta dinámica política hace justicia a una dimensión palpable de la política argentina del siglo XX: los actores políticos relevantes evidencian enormes dificultades para reconocer la legitimidad del adversario. Ello hace comprensible, pues, que la conflictividad y especialmente la violencia política no haya surgido en los años sesenta y setenta argentinos como “un rayo en el cielo sereno”. Sin embargo, esta reconstrucción también habilita algunos interrogantes: ¿cómo inscribir la experiencia del terrorismo de estado en esta serie?; ¿es el terrorismo de estado un capítulo más de esta crisis espiralada?; ¿qué batallas específicas se libran en los años sesenta y setenta argentinos dentro de esta “crisis de legitimidad política agravada”?; ¿cuál es el papel –si tiene, en la mirada de THD, alguno relevante- de las organizaciones armadas revolucionarias en este escenario político?

¿La misma violencia, el mismo terror? La explicación “genealógica” a través de la cual THD reconstruye la dinámica política que va de 1930 a 1970 –y más- coloca en una misma serie conflictos que se encadenan entre sí de manera “agravada”. Pero el problema de la idea de “agravamiento” es que subsume los conflictos políticos desatados en los sesenta y setentas argentinos en sus instancias precedentes, en lugar de presentarlos como conflictos capaces de dislocar la serie histórica en que la explicación genealógica los inscribe. Una de las consecuencias de este enfoque consiste en interpretar el terror de la última dictadura militar como la agudización de un conflicto previo antes que comprenderlo como la redefinición radical de la trama política que le dio lugar.

De todos modos, la idea de “agravamiento” aparece puesta en entredicho en la propia narración que la sostiene. Por ejemplo, cuando THD analiza la guerra que se establece entre las distintas facciones del peronismo, la idea de “agravamiento” pierde eficacia

explicativa, pero no para que su lugar sea ocupado por alguna clave que dé cuenta del carácter singular de estas querellas, sino para evocar a la entera historia argentina como el horizonte de inteligibilidad que permite la comprensión de tales luchas. Así lo que era una instancia “agravada”, se manifiesta como el retorno de la “política tradicional”:

“[...] al aceptar sin comentarios la escisión de la vida política en dos hemisferios antitéticos [se refiere a la escisión entre una vida política “diurna”, donde las formas legales son respetadas estrictamente y una vida política “nocturna”, donde las querellas políticas se dirimen de manera clandestina y mediante todo tipo de ilegalismos] esa elite recogía otras lecciones menos admirables de la política tradicional: la eficaz ferocidad ofrecida por la matanza de enemigos dormidos en la Cañada de Gómez, que en 1861 abrió a la ofensiva liberal los caminos del interior, o la que cubría esa misma despiadada eficacia bajo un manto de tranquilizadores lugares comunes en las “guerras de policía” que enseñaron a los rurales de La Rioja a huir en masa ante la presencia de un solo uniforme federal”².

Si los asesinatos de la Triple A pueden convivir, en la serie que arma la explicación, con los de Cañada de Gómez: ¿las luchas que se libran al interior del peronismo hay que entenderlas como una instancia agravada de la crisis política que va cobrando forma en el primer tercio del siglo XX o simplemente son un ejemplo más de una guerra civil larvada que se hunde en el “fondo de los tiempos”?

Sin embargo, la serie que así se arma entre, por ejemplo, *Ezeiza* y *Cañada de Gómez* resulta a la vez inquietante y tranquilizadora. Inquietante, porque cuestiona la idea, ampliamente difundida con “la teoría de los dos demonios”, de que el terror es un fenómeno ajeno a la historia de nuestra sociedad. Pero tranquilizadora porque en consonancia con la nueva “imaginación histórica” de la historiografía académica que se consolida en la década del ochenta, abastece un lugar común ya instalado: que la degradación institucional (de los años setenta) tuvo como consecuencia el desatamiento incontrolado de la violencia y la remisión a etapas históricas previas a la constitución del Estado nacional. El elemento común de ambas escenas sería, pues, la ferocidad de

² Halperín Donghi, T., *La larga agonía de la Argentina peronista*, Buenos Aires, Ariel, 2006, páginas 67-68).

las facciones, que cobra amplios márgenes de expresión allí donde los resortes institucionales están desechos.

De todos modos, la serie *Cañada de Gómez / Ezeiza* refuerza la perspectiva “genealógica” y así se torna difícil detectar alguna especificidad a la violencia política de los años sesenta y setenta, ya sea porque ella sería una consecuencia “agravada” de la crisis de legitimidad política que se inicia en 1916, o ya sea porque, al remitir al siglo XIX, es interpretada como la lección póstuma de una violencia pretérita, es decir, como un ejemplo más en la larga historia del terror en la Argentina.

El corolario de este enfoque “genealógico” se “agrava” a nuestro entender cuando THD piensa la experiencia del terrorismo de estado. En efecto, este mismo problema aparece en “El presente transforma el pasado: el impacto del reciente terror en la imagen de la historia argentina”³, texto destinado a pensar cómo se ha racionalizado el terror en los primeros años de la democracia. ¿Qué dice aquí THD? Algo no muy distinto a lo que se sugería antes en esas líneas de *La larga agonía de la Argentina peronista*: que el terror militar no es un terror históricamente novedoso aunque sí lo sea el hecho de que se haya sido percibido como tal. ¿Por qué? He aquí la tesis sugerente de THD: porque a diferencia de otras experiencias, como la de los fusilamientos en masa a los peones patagónicos en 1921, el terror de la última dictadura, si bien una vez más tuvo a los trabajadores como blanco preferido, alcanzó esta vez a las clases medias profesionales - una franja social que hasta allí no habían sido objeto de la ferocidad estatal. Esa franja es la misma que, en los iniciales años de la “transición democrática”, a través de obras como *La mala sangre* o films como *Camila*, proyecta hacia el pasado -el pasado rosista- aquello que encuentra incómodo en el presente. De todas formas, el movimiento de proyectar hacia el pasado remoto lo que es propio del terror reciente no está lejos de lo que THD realiza en pasajes en que, como el antes citado, se comparaba a Ezeiza con Cañada de Gómez.

Bajo esta clave “exculpatoria” THD interpreta el hecho de que las dos agrupaciones políticas mayoritarias, el radicalismo y el peronismo, hacían suya una imagen del

³ Halperín Donghi, T., “El presente transforma el pasado: el impacto del reciente terror en la imagen de la historia argentina” en: *Ficción y política. La narrativa argentina durante el proceso militar.*, Buenos Aires, Alianza, 1987.

pasado una vez más *revisionista*, aunque lo que esta mirada conserva ya no sea el tono celebratorio de las gestas de antaño –entre ellas, las de Juan Manuel de Rosas-, sino más bien su tono *denuncialista*: la entera condena a los grupos políticos dominantes de la historia argentina es el modo más directo para operar un rescate sin fisuras del pueblo que ha sido víctima de su accionar, ese pueblo, pues, debería reconocerse unido y unitario más allá de sus opciones partidarias una vez recuperada la democracia⁴.

Pero en el mismo momento en que THD recusa el uso catártico de las imágenes del pasado para elaborar la experiencia del “reciente terror” –como si no fuese posible ni deseable serializar el terror reciente-, asume que ese reciente terror en realidad no es tan “reciente”, pues se lo ha visto en más de una “encrucijada” de la historia. Así finaliza THD el texto que comentamos:

“[...] si la historia puede ofrecer metáforas que hagan tolerable la evocación de un terror demasiado cercano, ella tiene muy poco que enseñar acerca del terror, aparte del hecho obvio de que lo que se ha visto desencadenarse en más de una encrucijada en la vida de una nación, y el terror tiene también muy poco que enseñar acerca de la historia, de nuevo más allá de recordarnos lo que preferiríamos olvidar: a saber, que sigue ofreciéndose como una de las posibilidades abiertas a su avance”⁵.

Si a la singularidad del terror militar no le hacen justicia films como *Camila*, al mismo tiempo ese terror se parangona –de manera “obvia”- con otros que se han desencadenado en “más de una encrucijada en la vida de una nación”; se trata, pues, de un terror que no es *novedoso* aunque así haya sido percibido por ese grupo social novedosamente alcanzado por él. La pregunta, sin embargo, que se abre aquí es la siguiente: ¿aporta alguna novedad a la historia del terror en la Argentina la implementación sistemática de centros clandestinos de detención? ¿Es posible reconocer alguna singularidad en dicha experiencia?

⁴ En el texto THD no hace mención a *La republica perdida*, film que se ajusta bien al tipo de ejercicios de memoria que está criticando.

⁵ Halperín Donghi, *ídem*, páginas 94-95.

¿Qué significaría reconocer la singularidad del campo? Pregunta difícil, que no THD, sino Pilar Calveiro⁶, ha intentado abordar; pero en todo caso, reconocer la singularidad del campo significaría, nos atrevemos a decir, reconocer la existencia de un *corte histórico*: la sociedad que pasa no por cualquier terror, sino por este específico terror, no es igual a la que le dio lugar. Sin embargo, si para THD hay un corte, ése se ubica en 1989, no en 1976. Así termina *La larga agonía de la Argentina peronista*:

“Este fin [se refiere a la hiperinflación] fue también un principio; el principio de los días que estamos viviendo. A la memoria de esa experiencia debe su fuerza el orden socioeconómico y político que hoy vemos perfilarse; es ese recuerdo aleccionador el que da a las mayorías la fortaleza necesaria para soportar la indiferencia de los sectores privilegiados por las penurias que siguen sufriendo los que no lo son, y ofrecer su resignada aquiescencia a la progresiva degradación de las instituciones cuya restauración celebraron con tan vivas esperanzas hace diez años. Gracias a él en suma la Argentina que ha logrado evadirse de su callejón se resigna a vivir en la más dura intemperie”⁷.

Porque no puede calibrar la singularidad y el impacto del campo de concentración, es que THD encuentra recién en la hiperinflación de 1989 el episodio resolutivo que da término a la sociedad peronista, esa Argentina que, en su hipótesis, se configura en el trienio 1946-1948 y estaba caracterizada por el pleno empleo, la participación del estado en la economía y el consumo interno. Desde ya, en esta definición de la “sociedad peronista” está la clave que permite ver en la hiperinflación y no en el campo un corte histórico “resolutivo”, puesto que si se define a la sociedad peronista a partir de esas variables, la hiperinflación resultará siempre más aleccionadora y resolutiva que el campo de concentración.

Por este motivo, que si del terror, como sostenía THD en el párrafo anterior, no se podía recibir ninguna lección –excepto la de saber que se había desatado de igual modo en otros momentos de “encrucijada nacional”–, de la hiperinflación, sin embargo, se afirme todo lo contrario: que sobre su recuerdo aleccionador la sociedad acepta resignadamente

⁶ Ver Calveiro, P., *Poder y desaparición*, Buenos Aires, Colihue, 1998.

⁷ Halperín Donghi, T., *La larga agonía de la Argentina peronista*, op. cit., páginas 141-142.

la indiferencia de sus ricos y la pobreza cada vez mayor de sus pobres. La cuestión aquí es por qué la memoria social accede a una suerte de resignada lucidez a partir del recuerdo de la hiperinflación y sin embargo, cuando debía recordar el “reciente terror”, naufragaba en imágenes en última instancia auto-exculpatorias. O dicho de otro modo: ¿por qué en algunas ocasiones la memoria social se extravía y en otras, aunque resignada, entiende bien lo que está ocurriendo? No porque la memoria social sea siempre veleidosa, sino porque el historiador que la interpreta lo hace siguiendo una matriz explicativa que, al no establecer un corte en el terror militar, no puede percibir que la sociedad peronista ha sido liquidada mucho antes, y que la resignada intemperie aceptada hacia fines de los ochenta como reacción única ante la “degradación institucional” y la creciente brecha entre ricos y pobres, es menos un episodio resolutivo que una de las consecuencias posibles de una sociedad que ha sido matizada en los campos de concentración que ella misma produjo.

La revolución como equívoco de los revolucionarios: de la ironía a la moral. A la idea de “agravamiento” y a las lecciones póstumas de una larga historia del terror, debemos agregar la figura del *equívoco* para asir el modo en que THD relee los sesenta y setenta. Desde ya, la figura del *equívoco* no es novedosa en la perspectiva irónica de la historiografía de THD, entendiendo por “ironía” un modo de urdir la trama histórica que hace del desajuste entre las expectativas de los actores y lo que efectivamente acontece el principio constructivo dominante de ese relato. Por lo tanto, la cuestión aquí es qué *equívocos* específicos detecta THD en la dinámica política argentina de los años sesenta y setenta.

Por cierto, la figura del *equívoco* atraviesa a todos los actores dominantes de esta historia. Sin embargo, esta figura es una figura específicamente apropiada, en la historiografía de THD, para la franja que ha hecho suya las ideas de “revolución social”, esa franja que, para reforzar la ironía, es víctima del apotegma acuñado por uno de sus guías teóricos: *hacen una historia que no saben que hacen*.

De esta manera, en un juego de espejos cruelmente distorsivo, las “formaciones especiales” (THD se refiere a ellas utilizando el modo en que Perón las bautizó), que habían ingresado con éxito a la arena política argentina no tanto por el vigor y el carácter ampliamente persuasivo de sus ideas sino porque entendían que en la política

en la que jugaban sus chances, un cadáver oportunamente ejecutado los posicionaba mejor que cualquier otra estrategia ante los actores políticos relevantes, creyeron, a partir de su vertiginoso ascenso, que estaban autorizados a representar no ya un lugar destacado, sino el más destacado en la vida política del país. Se equivocaban: las masas en cuyo nombre invocaban la revolución y que ya habían demostrado una llamativa “pasividad” apenas unos años antes, cuando la insurgencia de masas y no la organización político militar, era la estrategia predilecta para poner fin a un todo régimen de dominación, ahora no disimulaban sus simpatías con Perón tras su regreso; la “opinión”, que no había dado muestras rotundas de disconformismo con el accionar militar de las organizaciones revolucionarias, prontamente se mostrará esquiva, asumiendo así una actitud que también se sostiene ante los crímenes de la dictadura: tácito aval primero, escandalizada congoja en los años de la llamada “transición democrática” después; por su parte Perón, que se había servido de los crímenes de las organizaciones revolucionarias para reposicionarse en el escenario político tras el Cordobazo, tras comprobar que las altas ambiciones que dominan a la elite “revolucionaria” son un impedimento para integrarlos al nuevo régimen de gobierno –y por ende, a la legalidad-, no dudará en encomiarle a las antes favorecidas “formaciones especiales” un destino feroz: el de “ofrenda sacrificial en el banquete celebratorio del retorno del hijo pródigo de nuestra clase política”⁸; finalmente, si los grupos radicalizados habían visto en el accionar de los militares argentinos, ya desde la dictadura de Onganía, la confirmación de sus peores vaticinios, exactamente lo mismo, pero desde el prisma militar, ocurrirá respecto a los grupos radicalizados, acelerándose así una temible dialéctica de la mirada que dará lugar, sin embargo, a conclusiones bien precisas: la aniquilación del enemigo y la generalización del terror como único desenlace previsto de aquí en más por los militares, para impedir el arraigo de una revolución social que creían había calado tan hondo en la sociedad, que ya en sus propias filas resultaban perceptibles las grietas causadas por el canto de sirenas de la revolución -el caso de la familia Alsogaray constituía uno entre tantos otros ejemplos.

Si el *equivoco* es la figura dominante para explicar el trágico final de las “formaciones especiales”, la mirada irónica de THD está llamada a devolver la sensatez a la historia de la política argentina de estos años. De este modo, la ironía rápidamente se convierte

⁸ Halperín Donghi, T., *La larga agonía de la Argentina peronista*, op. cit., página 67.

en moral. ¿Qué hubiera sido sensato aquí? Que las “formaciones especiales”, en lugar de conducirse, como en el poema de Borges sobre Facundo Quiroga, sin muchas mediaciones “al muere”, hubieran moderado sus expectativas, la tragedia hubiera dejado lugar así a un proceso de integración al nuevo escenario político, similar al que debió encarar Europa con los grupos de la Resistencia en la segunda posguerra⁹.

Sin embargo, el problema de la figura del *equivoco*, tal como aparece planteado en la interpretación de THD, es que se construye sobre la base de un supuesto polémico: que en ningún momento de la dinámica política de los años sesenta y setenta se abre una situación revolucionaria –si esta situación se hubiera planteado, entonces hubiera habido al menos una instancia en que los que sucumben al *equivoco* no hubieran estado en todo momento tan trágicamente equivocados. Dicho de otro modo, para THD en el siglo XX argentino hay guerra civil larvada pero ella no es nunca producto de un desafío de índole revolucionario al poder del Estado. Podemos agregar algo más todavía: que en la mirada de THD, la revolución aparece como una “vocación” condenada al fracaso casi de antemano ¿Por qué? Para retomar otra imagen borgeana, los senderos de los revolucionarios, en la historiografía de THD, se bifurcan de los senderos de la revolución. Y pensar esta cuestión supone indagar cómo interpreta THD el peronismo. Puesto que es a partir de la lectura del peronismo que THD concluye que o bien porque, como se sostiene en *Argentina en el callejón*, el peronismo ha encarado una revolución pasiva que no es capaz de radicalizar, o bien porque, como se sostiene en *La larga agonía de la Argentina peronista*, si bien el peronismo ha sido la única revolución social encarada en este país en el siglo XX, dicha revolución estaba condenada a durar muy poco, en la Argentina del siglo XX la revolución es o inexistente o fugaz. Por otra parte, para entender el fracaso de los revolucionarios, hay que indagar cómo THD lee la trayectoria de los intelectuales radicalizados y su relación con las masas, porque del análisis de esta relación THD concluye que la revolución será una “vocación” a la que los intelectuales o bien renuncian muy rápidamente para aliarse con las para nada revolucionarias fuerzas sociales existentes o bien será una vocación condenada a la marginalidad y, como vimos, al *equivoco*, porque la revolución será una apuesta de este grupo social, pero no de las masas.

⁹ Esta comparación la utiliza THD en *La larga agonía de la Argentina peronista*, op. cit., páginas 65-66.

El enigma peronista: ¿revolución pasiva o revolución social? El argumento central de *Argentina en el callejón*, especialmente de su “1930-1960: Crónica de treinta años”, es que la Argentina no había ingresado en la “historia contemporánea”. ¿Qué quería decir esto? Que la Argentina no había podido elaborar una salida sólida a la crisis del modelo socioeconómico consolidado entre 1880 y 1930 capaz de retener sus éxitos – que no son pocos para THD- y de superar sus falencias. El reconocimiento de estas falencias dejan ver el tipo de transformación que anhelaba el narrador de la “Crónica”: un cambio de las estructuras socio-económicas que ponga fin al carácter “dependentista” de la Argentina:

“La Argentina de los ganados y las mieses, [...] no creó una clase media agrícola sobre la ruina del latifundio ganadero; [...] el progreso rural se dio, aun en las zonas reorientadas hacia el cereal, acentuando y no atenuando la gravitación de la clase alta terrateniente; [...] el desarrollo urbano se apoyó en las funciones de administración, transporte y comercialización subordinadas a las funciones propias del crecimiento hacia afuera, y –para usar el lenguaje menos neutro, pero no siempre menos exacto, de algunos de nuestros políticos- se colocó, como la totalidad del proceso del que formaba parte, al servicio de la oligarquía y el imperialismo”¹⁰.

Este es en última instancia el callejón en que se hallaba la Argentina: en más de un sentido, en el argumento de la “Crónica”, el golpe a Yrigoyen, la restauración conservadora de Justo, la Revolución de Junio de 1943, el ascenso del peronismo en 1946, la “revolución libertadora” de 1955 y el zigzagueante rumbo del gobierno de Frondizi ponían en escena variadamente la profunda irresolución de este problema de fondo, con el agravante de que, una vez constatado el fracaso de aquellos objetivos que estos mismos movimientos políticos se habían propuesto, la crisis política se torna peligrosamente regla y, con ello, la guerra civil larvada se erige como el horizonte indiscutible de la realidad política argentina.

El problema de este argumento aparece con la interpretación del peronismo. Porque precisamente la única revolución, o mejor, transformación necesaria para THD es aquella que, como veremos luego, Frondizi no se había decidido a encarar –aún cuando

¹⁰ Halperín Donghi, Tulio, “1930-1960. Crónica de treinta años”, op. cit., página 77.

la prometía-, es que no puede reconocer, a lo largo de su “Crónica de treinta años”, ninguna transformación de peso en las estructuras sociales en esas tres décadas de historia argentina. De aquí que en torno al peronismo sostenga en *Argentina en el callejón* que:

“Perón procuró, en forma cada vez más acelerada, hacer nacer una conciencia nueva en la clase obrera acrecida en número. Esta conciencia no tenía por qué ser –y no fue– socialmente revolucionaria. La estructura de clase se suponía intransformable; era el punto de equilibrio entre las clases el que se desplazaba, gracias a la acción estatal. No como vanguardia de una revolución que está por hacerse, sino como grupo beneficiario de una revolución ya realizada, entra la clase obrera en nuestra liza política”¹¹.

Por un lado, y con un tono repentinamente “materialista”, THD decreta que porque no se transformaron las estructuras de clases, el peronismo no fue revolucionario –cierto, no tenía por qué serlo, según lo admite el historiador devenido cronista-; pero al mismo tiempo, afirma que el peronismo había sido una “revolución hecha desde arriba”, en términos gramscianos, una *revolución pasiva*, es decir, un conjunto de transformaciones que aún asumiendo una orientación “progresista” implicaban una serie de cambios efectuados para que nada cambie de manera sustancial. Ahora bien: una transformación, pasiva o de la índole que sea, que es capaz, como concede el texto citado, de modificar de manera importante el “punto de equilibrio entre las clases”: ¿por qué no puede denominarse una “revolución” a secas? ¿Por qué pensar que un cambio en el “punto de equilibrio” de las relaciones entre las clases, sostenida con el poder del Estado, no implicaba una transformación en la estructura de misma de esas clases? Si THD no puede responder esta objeción, es porque todavía en *Argentina en el callejón* interpreta al peronismo como un momento subsidiario de la larga agonía de la argentina liberal.

Por eso, la debilidad de este argumento la percibirá después THD. En efecto, por la misma razón por la cual negaba en *Argentina en el callejón* que el peronismo no resultó ser “socialmente revolucionario”, va a sostener, ya en *La larga agonía de la Argentina peronista*, que la única revolución constatable en el siglo XX argentino es la encarada por Perón en el trienio 1945-1948:

¹¹ Halperín Donghi, Tulio, *ibídem*, página 124, subrayado nuestro.

“Que el peronismo en efecto lo fue [una revolución social], sólo pudo parecer discutible a quienes creían blasfemo dudar de que revolución social –y aun revolución- hay una sola: bajo la égida del régimen peronista, todas las relaciones entre los grupos sociales se vieron súbitamente redefinidas, y para advertirlo bastaba caminar las calles o subirse a un tranvía”¹².

Sólo que ahora se trata de una “revolución” destinada a tener éxito sólo en el contexto de esos primeros años de gobierno peronista: si en *La Argentina en el callejón* se afirmaba que es Perón quien se dispondrá a liquidar su propia obra en tiempos de ajuste¹³, en *La larga agonía de la Argentina peronista* THD sostendrá que es otro peronista, C. S. Menem, quien finalmente la ultima. Pero a pesar de que en *La larga agonía de la Argentina peronista* se redefine al peronismo como una “revolución social”, la idea de que en la Argentina del siglo XX no hay margen para la revolución prácticamente queda intacta, porque tan pronto se declara que el peronismo constituye una revolución social, se afirma que dicha revolución estaba condenada a durar muy poco.

¿Por qué esa revolución social que encara el peronismo tenía un plazo de vencimiento tan acotado? THD confía que el pronunciado teleologismo de su argumento sea lo suficientemente persuasivo como para que al lector no se le antoje esta pregunta. Sin embargo, el planteo de *La larga agonía de la Argentina peronista* genera otros problemas todavía más graves. En efecto: si la “sociedad peronista” inaugurada por la revolución social del mismo signo había muerto de una “larga agonía”: ¿qué decir de las dictaduras de 1966 y 1976? ¿No habían resultado ellas intervenciones políticas de peso, a tal punto que no resultaría extravagante denominarlas “contra-revolucionarias”? En el universo de THD, esa caracterización sí resulta extravagante, porque así como no hay revoluciones, tampoco hay, como vimos, cortes históricos significativos. Por otra parte, si las dictaduras de 1966 y 1976 no se piensan como cortes en relación con la “revolución peronista”, mucho menos se confiere relevancia histórica a las opciones que pretendían radicalizar las transformaciones encaradas por el primer peronismo. Los

¹² Halperín Donghi, Tulio, *La larga agonía de la Argentina peronista*, Buenos Aires, Ariel, 2006, páginas 26-27

¹³ Halperín Donghi, Tulio, “1930-1960. Crónica de treinta años”, op. cit., página 140.

grupos que harán suya esta misión, en la historiografía de THD, estaban condenados casi de antemano a la marginalidad y el fracaso.

La revolución como “vocación”: entre el conservadurismo y la marginalidad. En un texto publicado originalmente en *Contorno*, pero que integra *Argentina en el callejón* (“El frondicísimo ante el espejo de la historia”¹⁴), THD daba cuenta de la “traición Frondizi” a luz del itinerario de la generación del 37, a la que le confería una centralidad notable en la cultura argentina, a tal punto que el “espejo de la historia” al que aludía el título del texto terminaba siendo exclusivamente el itinerario de ese grupo. Se trataba, según se infiere del planteo de THD, de pensar cómo Frondizi había renunciado a sus convicciones “revolucionarias”, o al menos a las medidas que había prometido para transformar la Argentina legada por el peronismo, a la luz del zigzagueante rumbo político de dicha generación. A nuestro entender, en este texto ya aparecen las claves del juicio severo que reciben los intelectuales radicalizados del siglo XX en la obra de THD.

En esa comparación entre el presente y la trayectoria de la generación del 37, las conclusiones son decepcionantes, puesto que su agrio punto de partida sentenciaba que “todas las grandes modernizaciones de la estructura nacional, modernizaciones esencialmente conservadoras en cuanto hicieron posible la supervivencia de rasgos básicos extremadamente arcaicos, surgieron de actitudes que se quisieron revolucionarias”¹⁵. Si la generación del 37 corrobora esta intuición, es porque habiendo tenido inicialmente en su contexto una vocación “revolucionaria” (vocación que según THD sólo podía sostenerse como ilusión, puesto que la superior clarividencia que se asignaban sus miembros los eximía de tener en cuenta la necesidad de construir alianzas con las fuerzas sociales y políticas existentes), esa vocación se modificaría tan pronto sus integrantes comprobaron que su lugar en la política argentina era menos decisivo que el deseado, razón por la cual se plegarán ulteriormente con un fervor escasamente disimulado (al menos en el caso del Alberdi que dedica las *Bases* a Urquiza) a la convalidación de esas fuerzas sociales y políticas existentes para favorecer transformaciones que ya no pretendían ser revolucionarias.

¹⁴ Halperín Donghi, Tulio, “El frondicismo ante el espejo de la historia” en: *Argentina en el callejón*, op. cit., páginas 49-74.

¹⁵ Halperín Donghi, Tulio, “El frondicismo ante el espejo de la historia” en *Argentina en el callejón*, op. cit., página 52.

¿Alumbraba así el itinerario de Alberdi en el siglo XIX el trayecto de Frondizi en el XX? El lector debe inferir que sí: por un lado, porque en ambos casos el momento revolucionario del intelectual coincidía con una concepción del país construida tenazmente al margen de su realidad; por otro, porque en el momento de mayor cercanía al poder, la ruta que seguía Frondizi era la misma que la de algunos miembros de la generación del 37: plegarse al reconocimiento de las fuerzas sociales y políticas existentes. De esta manera, la revolución aparecía como una “vocación” común de los intelectuales construida al margen de cualquier apuesta sería tendiente a implementarla, del mismo modo que la política estaba consagrada a operar transformaciones que no hacían más que profundizar los caracteres arcaicos de las estructuras sociales. En conclusión, la única revolución verdadera, según el planteo de TDH en *Argentina en el callejón*, era aquella que estaba por realizarse, en un marco cuyos escollos no eran pocos, porque quien quisiera encararla se encontraría en el siglo XX con los similares inconvenientes con que se había encontrado Sarmiento en el XIX para implementar en su tiempo políticas más modestas: la resistencia de la “oligarquía”, ciertamente, pero al mismo tiempo, como veremos con más detenimiento, la sorprendente “pasividad del pueblo”, única fuerza social que garantizaría sin embargo una “revolución” como la que requiere la Argentina contemporánea¹⁶. De aquí la paradójica situación que se planteaba respecto al sostenimiento de una “vocación revolucionaria” en la Argentina: o bien esa vocación era la expresión de los grupos dominantes, o bien se recortaba pero también se alimentaba del carácter no revolucionario de la realidad política, determinada esta última en gran medida por la pasividad de aquel actor en que debería apoyarse la revolución que permitiera a la Argentina ingresar de una vez a la “historia contemporánea”. El final del texto resumía esta situación paradójica:

“en un país que se piensa con categorías surgidas de una realidad distinta a la suya, la tentación de trazar en él una imagen al margen de la realidad es muy fuerte; que esa disposición a planear futuros que tienen poco que ver con el presente puede ser tomada por todos, y en primer término por los mismos que a ella se entregan como prepotente vocación revolucionaria; que si ese país no presenta en sí mismo una situación

¹⁶ Ver por ejemplo Halperín Donghi, T., “El frondicismo ante el espejo de la historia”, *op. cit.*, página 72. Sólo Sarmiento en la historiografía de THD se encuentra realmente exceptuado de este reproche.

revolucionaria, esa vocación, admitiendo que efectivamente sea tal, está destinada a ser traicionada en el momento mismo en que es llevada a los hechos”¹⁷

En definitiva, este punto de partida ofrecía testimonio del itinerario divergente de THD respecto al de la nueva izquierda argentina de los años sesenta, uno de cuyos hitos fundantes era el número de *Contorno* sobre el frondicismo, el mismo en el que THD publica el texto que hemos analizado. En efecto, tras la “traición” Frondizi y tomando al menos inicialmente a la revolución cubana como faro, no pocos intelectuales de izquierda comenzaban a pensar que las dificultades que demostraban las clases dominantes para instituirse en clase dirigentes constituían signos de que se asistía a una crisis de hegemonía traducible en términos de una “situación revolucionaria”; y en un proceso que desembocará en una relectura del peronismo con fuertes consecuencias políticas, esa nueva izquierda se asignará como propias las tareas tendientes a la constitución política del sujeto que debería operar el pasaje de la situación revolucionaria a la revolución misma. Lo que este diagnóstico suponía era que la “situación revolucionaria” era manifiesta aunque restaba constituir a la clase en sujeto político capaz de cumplir así con su “misión histórica”¹⁸. Para THD, en cambio, en la realidad política argentina –de ello daba cuenta el itinerario de Frondizi–, la revolución es más bien una “vocación” que un “dato” de la realidad; y esa vocación se recorta al interior de un contexto que la torna paradójica, puesto que tan pronto se inscribe en las lides de la política, deviene fuerza conservadora y si, por el contrario, se mantiene tenazmente, entonces está condenada a la marginalidad.

¿A qué se debe ese destino de marginalidad? Al carácter esencialmente pasivo de las masas. En efecto, la vocación revolucionaria de ciertas franjas sociales y la pasividad de las masas se imbrican: es justamente la imposibilidad de identificar un sujeto que se revele revolucionario en la realidad política argentina lo que por un lado alienta, con la fuerza de un deseo escasamente correspondido, la “vocación” revolucionaria de las clases medias intelectuales y por otro lado, por la misma razón, lo que condena a esa “vocación” al fracaso.

¹⁷ Halperín Donghi, *idem*, página 73.

¹⁸ Ver por ejemplo Portantiero, “Política y clases sociales en la Argentina actual” en: *Pasado y Presente*, Córdoba, año 1, nro. 1, abril-junio 1963, páginas 18-23.

Este esquema interpretativo es reiterativo en la obra de THD. Ya hemos planteado su lectura del peronismo en *La Argentina en el callejón*: no como “vanguardia”, sino como una clase que debe custodiar las transformaciones que Perón realiza en su nombre, las clases obreras ingresan al centro de la escena política. En el escrito publicado en *Marcha*, cuyo título, “Argentina en el callejón”, dará nombre al libro, THD retoma la idea del carácter escasamente revolucionario de las masas peronistas subrayando su pasividad. Así THD comenta la reacción de Framini ante la imposibilidad de asumir como gobernador de la provincia de Buenos Aires tras haber ganado las elecciones:

“Esa pasividad era penosamente evidente en el peronismo: sus apoyos de la izquierda juzgaban que si el triunfo electoral peronista alcanzaba magnitud tal que obligara al gobierno de Frondizi a desconocerlo, el movimiento proscrito, tonificado por esa nueva toma de conciencia de su fuerza, se lanzaría a un alzamiento armado popular destinado a desembocar en revolución social. Esto último estuvo lejos de ocurrir [...] lo que ocurrió fue que oportunamente se presentaron acompañados de escribano público para labrar testimonio de que los cargos para los cuales habían sido elegidos no les habían sido entregados. Aun un gobierno como el del doctor Guido y sus perplejos asesores militares estaban en condiciones de resistir ataques de esa laya”¹⁹.

De este modo, el carácter pasivo que a las masas peronistas se le atribuía en la “Crónica” se prolonga más allá de su caída; asimismo, quienes se abrogan su representación por “izquierda” están condenados a la marginalidad y esa marginalidad es solidaria con la radicalización: Framini gira hacia un discurso todavía más combativo justamente a partir de aquí, es decir, cuando se consagra estrepitosamente su caída de la escena política nacional; la historia de Frondizi, pues, se repite con la de Framini, pero a la inversa -y la misma matriz explicativa reaparece cuando THD caracteriza el vínculo entre organizaciones revolucionarias y las masas, sólo que, como vimos, ese vínculo está mediado por la figura del *equivoco*. Por eso lo históricamente relevante para THD es comprender cómo el sindicalismo peronista a partir de la década del sesenta se *integra* al complejo sistema político de esos años, ya que no visualiza en ese sindicalismo ningún aspecto “combativo”: la Resistencia peronista es más bien un producto de la simbología y mitología popular que un actor de peso en la realidad histórica y política.

¹⁹ Halperin Donghi, T., *Argentina en el callejón*, op. cit., página 202.

De todos modos, si en el caso de Framini la ironía resultaba persuasiva (más allá que impide ver que la no “insurrección de masas” no condena necesariamente a la irrelevancia histórica el hecho de que un dirigente sindical proveniente de la resistencia peronista haya conseguido un triunfo electoral en la provincia más importante de la Argentina): ¿Cómo seguir sosteniendo una imagen pasiva de las masas cuando apenas siete años después se desate un episodio que, a la inversa del protagonizado por Framini, constituya el punto de partida de la crisis del gobierno de Onganía? Como si la dinámica política de este actor social no se hubiera transformado sustancialmente en estos años, con el “Cordobazo” THD reitera la interpretación de que las masas y las elites revolucionarias no van de la mano, dejando entrever que más que un capítulo de la “guerra popular”, el “Cordobazo” venía a mostrar una coyuntural convergencia de los variados actores políticos relegados por el onganato, que si cerraban filas tras la protesta de los trabajadores, era más bien para manifestar otro tipo de descontentos:

“Pero, así como la teoría de los factores de poder enmascaraba más que iluminaba las prácticas políticas emergentes a partir de 1955, la de la guerra popular ofrecía una versión en exceso estilizada del papel que la violencia insurreccional iba a desempeñar en los tramos finales de esa experiencia. Esa violencia irrumpió primero como una seguidilla de tumultos urbanos que culminaron en el que conmovió a Córdoba en mayo de 1969, en los cuales podía reconocerse la presencia de todos los sectores políticos y sociales marginados por la gestión de Onganía”²⁰.

Si con el Cordobazo, entonces, se iniciaba la serie de equívocos que derivaron en la tragedia, lo que también se condensaba allí, y también en 1973, era una larga historia de desaires entre las clases medias radicalizadas y la democracia representativa. Dado que la pasividad de las masas reiteradamente no constituía un impedimento (sino más bien todo lo contrario) para que ellas establezcan relaciones muy fluidas con los gobiernos surgidos de las urnas, las clases medias profesionales e intelectuales, que en visión de THD no dudaban en asignarse lugares de privilegio en virtud de supuestas cualidades que las autorizaban a ejercer un rol tutelar sobre la sociedad, se veían frecuentemente desplazadas de esos sitios de privilegio cada vez que un líder popular ascendía a un

²⁰ Halperín Donghi, T., *La larga agonía de la Argentina peronista*, op. cit., páginas 56 y 57.

poder político sostenido de manera plebiscitaria. Por esta razón las clases medias han sido refractarias a las soluciones consagradas por el sufragio universal y de allí que le quepan serias responsabilidades a la hora de repensar la historia de la democracia en el país. Así retrata THD el comportamiento de estas clases en el siglo XX:

“Su perplejidad [la de los intelectuales y profesionales de la clase media] ante las opciones planteadas por un orden político tan distinto del que se les había enseñado a esperar los llevaría en 1930, en 1945, en 1955, en 1973 a poner su peso, y el de un séquito que –aunque siempre minoritario- tendía a crecer en momentos de crisis a favor de salidas disruptivas de signo muy variado que iban a tener sin embargo en común acudir a instrumentos de cambio distintos del sufragio universal”²¹.

De este modo, THD cierra su esquema interpretativo, que, como dijimos, es el espejo casi invertido del trayecto de quienes, en el número dedicado a Frondizi en *Contorno*, imaginaron otro itinerario para la Argentina del siglo XX. Llegado este punto, podríamos preguntarnos de qué modo la voz narrativa que sostiene esta lectura de la historia argentina del siglo XX está implicada en los acontecimientos que su obra viene a interpretar.

Si, como THD advierte en el prólogo reciente (1996) a *Argentina en el callejón*, la irrupción del peronismo suponía un problema político que sobreviviría a su caída²² -y es justamente esa sobrevida lo que constituye principalmente el problema, ello se agravaría aún más con el giro a la derecha de quien había prometido conciliar a los libros con las alpargatas. Si en ese momento los contornistas, dejando constancia de la “traición”, giraban a la izquierda, THD dirimía la encrucijada en otros términos: operando su pasaje definitivo a la historiografía. El historiador que es THD se construye allí, en esa encrucijada.

Ese pasaje lo salvaguardará de los cantos de sirena de la revolución, para desarrollar una perspectiva irónica que si por un lado dejaba traslucir la mirada de un liberal desencantado, al mismo tiempo le aseguraba una distancia con lo narrado que le permitirá señalar cómo las expectativas de su propia clase social se ven una y otra vez

²¹ Halperín Donghi, T., *La larga agonía de la Argentina peronista*, op. cit., página 14.

²² Ver Halperín Donghi, T., *Argentina en el callejón*, op. cit., página 9.

desmentidas al interior de una trama histórica cuyos rasgos confina a los intelectuales a un verdadero callejón: o a un franco conservadurismo o a una marginalidad irrecusable si se apuesta por la revolución. Visto retrospectivamente, si para los contornistas la pequeña burguesía debía purgar en esos años sesenta su pasado anti-popular sumándose a la empresa revolucionaria que prometía, para este contornista al revés que es THD ese itinerario resultará el punto de partida de una serie de equívocos a los que, de caberles algún purgatorio, debería oficiarse ante el altar de la democracia representativa por esta clase social tantas veces desafiado, como indica la última cita que hemos convocado de su obra. Cierta odio al burgués, es decir, a su propia clase –y con mayor acidez si el burgués se reclamaba “revolucionario”- se destila en la obra de THD: las clases medias, en la figura del “intelectual” y en la de la “opinión”, quedan implacablemente ajusticiadas.

¿Cómo resultó posible que este liberal rápidamente desencantado con el siglo XX argentino²³ se constituyera en un intelectual faro para ciertas franjas de la “cultura de izquierda” entre fines de los setenta y principios de los ochenta?²⁴ Sin pretender agotar el tema, mencionamos aquí algunas razones o “afinidades electivas”, algunas más recientes que otras. Entre las menos recientes, THD y esta franja intelectual compartían una acérrima crítica al revisionismo histórico que data de la década del sesenta, pero que sólo a partir de los ochenta se tornará dominante en algunos centros académicos; asimismo, tanto para THD como para ciertos representantes de esta franja, ya desde la década del sesenta ubican la clave de la política contemporánea argentina en la crisis de los años treinta; pero si en las décadas del sesenta y setenta esa crisis se mentaba para pensar “los orígenes del peronismo”, a partir de los ochenta constituirá el punto de partida para el redescubrimiento de la formación de la “Argentina moderna”, una Argentina, en fin, cuyo análisis suscitará una mirada mucho más hospitalaria de lo que podía sospecharse décadas atrás; finalmente, en la crítica a la pequeña burguesía intelectual hay un punto de convergencia –lo que en obra de THD aparece como *equívoco*, en la de los intelectuales que abrazan la causa democrática tras haber adherido a las organizaciones revolucionarias será la materia misma de la *autocrítica*. La obra de THD es generosa en este sentido, y resulta autorizada por provenir de un intelectual que

²³ Ese desencanto se percibe fácilmente en sus memorias. Ver por ejemplo la referencia a Croce en Halperín Donghi, T., *Son memorias*, Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2008, página 213.

²⁴ Para la recepción definitivamente “consagratória” de *Argentina en el callejón* en esta franja intelectual ver *Punto de vista*, nro. 46, agosto de 1993.

se constituye como tal al haber tempranamente desandado el camino de *Contorno*²⁵. La tragedia de la izquierda argentina, así, se deja leer en la obra irónica de un liberal desencantado. O al menos bajo esta mirada los años sesenta y setenta argentinos son todavía hoy pensados en el campo historiográfico.

²⁵ José Aricó, quien en el primer número de *Pasado y Presente* sostenía que dicha publicación debía inspirarse en el proyecto de *Contorno*, dos décadas después, en *La cola del diablo*, sostendrá que toda su generación, creyendo hacer la revolución, no hacía más que profundizar una guerra civil manifiesta.